

DON SANCHO



ON SANCHO II el Fuerte es un hombre bravo de corazón, inquieto, ambicioso y en el fondo profundamente lógico.

Al subir al trono de Castilla en 1065 se encuentra frente al problema que planteara la muerte de su padre: volver a conquistar los otros reinos y señoríos recortados a su corona.

Castilla es la porción más pequeña, y si sus hermanos se unieran contra él, la cosa se pondría grave. No basta, pues, ser buen guerrero, hay que ser también hábil diplomático.

Uno de sus primeros actos es nombrar al Cid jefe de todos sus ejércitos.

No olvidemos la admiración que el nuevo rey don Sancho tenía por el Cid, no olvidemos que el nuevo monarca fué compañero de armas del Campeador y que éste le salvó la vida en aquellos tiempos juveniles en que sólo se llamaba Rodrigo. El día de la famosa cacería del jabalí, Ruy Díaz de Vivar aún no era el Cid Campeador.

El rey don Sancho piensa que España es el baluarte de la cristiandad en Europa y que es preciso, cueste lo

V. HUIDOBRO

que cueste, volver a constituir el bloque entero sobre el cual reinó su padre y que éste jamás debió haber dividido.

Don Sancho lleva ya más de un año esperando se le presente una coyuntura para realizar sus planes. Silencioso, huraño, se pasea inquieto sobre la paciencia.

No tarda don García en ofrecerle la oportunidad de intervenir en sus asuntos. Don García, el menor de los tres y el más belicoso de todos; don García, rey de Galicia, decide un buen día invadir los dominios de su hermana doña Urraca. De buenas a primeras le arrebató la mitad de su señorío de Zamora.

A este pretexto se coge don Sancho, y alegando que su hermano ha quebrantado el acuerdo de su padre, se decide a atacarlo.

Con este objeto convoca las Cortes y expone sus propósitos. Todos los grandes señores de su reino están reunidos junto a él.

El conde García Ordóñez se opone a las razones del rey, declarando en voz alta:

—No debéis olvidar, don Sancho, la voluntad de vuestro padre. Vuestro deber de hijo os obliga a respetarla.

Don Sancho se enfada y responde:

—¿Y mi deber de monarca? Olvidáis, conde, que el amor a la patria está por encima de todo.

Esto diciendo, el rey coge la mano del Cid:

—Y tú, Ruy Díaz, ¿qué piensas? Habla, dame tus consejos.

—Señor—responde el Cid—, no me parece bien aconsejaros que vayáis contra el mandato de vuestro padre. Sabéis que vuestro padre os partió sus reinos y que en su lecho de muerte hizome jurar que aconsejase a sus

hijos lo mejor que yo pudiese, y que nunca mal consejo les diere. Mientras yo pueda, así debo hacerlo.

—De modo, que todos me abandonáis—exclama don Sancho.

—Yo no os abandono—responde el Cid—; os digo mi parecer, vos obraréis como os plazca y yo estaré siempre de vuestro lado.

—Y tú, Alvar Fáñez, ¿no dices tu opinión?—pregunta don Sancho.

—Señor, vos sois el rey y vos mandáis.

—Yo digo—habla el rey—que don Alfonso y don García hacen alianzas contra mí y que si yo no caigo pronto sobre ellos, ellos caerán sobre mí cuando yo menos lo piense.

—Rey don Sancho—dice el Cid—, ¿estáis seguro de lo que habéis dicho?

—Sí, lo estoy; tengo informaciones que me prueban que don Alfonso ha hecho alianza con sus primos de Aragón y Navarra, y que no sólo con cristianos, sino aún con los moros de Córdoba y Toledo. Hechas estas alianzas, busca ahora la amistad de don García. Por don García debe comenzar el escarmiento.

—¿Contra quién van esas alianzas?—pregunta García Ordóñez.

Y el rey responde:

—Es fácil adivinarlo: no van contra los infieles, puesto que con ellos hacen pacto; no van contra don García, puesto que busca su alianza; sólo queda Castilla, puesto que ninguno de ellos ha buscado su amistad.

—Dios os alumbre—dice el Cid—, y obrad en vuestra conciencia. Si juzgáis que don García os da pretexto de intervenir y que por allí podéis comenzar a realizar vuestros planes, Dios os guíe, si vuestros planes son buenos.

V. HUIDO BRO

Sólo un consejo me queda que daros: si pensáis atacar a don García, pedid permiso a don Alfonso para cruzar las tierras de León. No os echéis encima dos enemigos de golpe.

—Has hablado bien, Ruy Díaz, y así se hará. Se hará más aún. Tú, Alvar Fáñez, irás a tratar con don García que me entregue su reino por las buenas, antes de obligarme a hacerle la guerra.

—Rey don Sancho, vos mandáis—contesta Alvar Fáñez.

—Señores—termina el rey—, ya conocéis mis propósitos. Los que estén conmigo, vengan bajo mis banderas. Los otros, obren según les plazca.

Levanta el rey la sesión. Triste se queda el Cid. El conde García Ordóñez se aleja taciturno.